

# ABEJA ESPAÑOLA.

NUM. 64. Sábado, 14 de Noviembre: 5 qtos.

## POLITICA.

Solo los grandes hombres llevan en pos de sí la admiracion de sus ciudadanos, al paso que con facilidad pueden excitarlos el deseo de seguirles para participar de su gloria, quando esta pasion nobilísima ha llegado á ser el ídolo de los pueblos.

Pero pretender un hombre poco ménos que comun atraerse de tal modo la estimacion de sus compatriotas, que se presten prontos y gustosamente á sostener sus caprichos é imprudencias, olvidando las sagradas obligaciones contraidas con la patria, es un delirio propio de un genio presuntuoso y poco previsivo, que dirige sus acciones por el impulso de unos pocos interesados en extraviar la opinion, y sacar las cosas de su quicio.

Es muy conveniente que de quan-

do en quando se vean escenas que escarmienten á unos , y sirvan de leccion á otros. Solo así pueden salir de su ilusion y estupidez los que forman proyectos descabellados , y menosprecian groseramente la fuente de que se deriva la legítima , la verdadera autoridad ; esto es , el consentimiento público , la declarada voluntad nacional.

La sensatez española ha dado en todos tiempos pruebas nada equívocas de que jamas patrocina los extravíos , ni se dexa seducir fácilmente con el relumbron de grandes hazañas. Por experiencia saben ya todos los españoles el aprecio que merece cada cosa : y no es fácil que las batallas ganadas en el papel , les hagan titubear en su modo de pensar, quando halla opuestos los resultados á las galanas resoluciones de los que buscan fama , mas á costa de voces, que de triunfos.

Sea esto dicho sin mengua del valiente , que nos ha provocado los acontecimientos que dan motivo á las

rápidas reflexiones que vamos haciendo. Este caudillo, ha merecido con razon el tributo de gratitud de sus conciudadanos, por su valor, por su infatigable zelo en promover la defensa de la patria, y por otras muchas virtudes que le han distinguido entre tantos otros de su clase; y que haran por lo mismo mas sensible la ligereza y poco atinado procedimiento con que interrumpió el placer y la esperanza que ocupaban á todos, al considerar depositado el mando supremo militar de los exércitos nacionales en un *grande de España*, célebre por sus victorias y amado por los beneficios que nos ha hecho; el inmortal Duque de *Ciudad-Rodrigo*.

Es pues necesario que todos y cada uno de los españoles se convenzan de que los valientes que nos defienden, ántes que todo, son ciudadanos; y que por solo la defensa de su patria han corrido á alistarse baxo los pendones de la milicia. El español (mas por instinto, que

por convicción) abriga en su alma las nobles ideas que le hacen dócil á la voz de la legítima autoridad, aunque sea sacrificando sus más amadas inclinaciones.

He aquí por qué es dificultosísimo que en España sea sacrificada la *patria libertad* al impulso de un ambicioso. Yo no sé si por fortuna, no han descollado hasta ahora, hombres capaces de llamar sobre sí la atención de sus conciudadanos por la sublinidad de sus talentos, y la suerte dichosa de sus empresas: nuestra revolución no ha producido *genios*, ora porque la ignorancia era general en la nación, ora porque el giro de aquella ha sufrido un prodigioso entorpecimiento por causas que todos conocen. Pero aun quando apareciesen aquellos grandes hombres nacidos para admirar al mundo con sus proezas, es bien cierto que mientras no mudemos de carácter, quedarían burlados sus irregulares esfuerzos, quando solo contasen con el justo aprecio y amor que les hubiesen grangiado sus servicios.

Los españoles han jurado una *Constitucion* sábia, en que está consigna- do el eterno principio de que *el pueblo es soberano*; y escarmentados al ver los estragos que está causando al mundo la criminal conducta de la Francia, por haberse dexado sor- prender de la falacia de un *tira- no*, jamas consentirán la mas leve tentativa que pueda hacer vacilar la tranquilidad del Estado. Si hubiese alguno tan necio que desconociese esta verdad, acuérdesese de que *los soldados del quarto ejército, son sol- dados de la patria.*

LA GRAN NECESIDAD ES SALVAR LA PATRIA.

¡De morir tenemos!- Ya lo sabemos. = Ved aquí el piadoso recuerdo de la muer- te, con que al saludarse los taciturnos Cartuxos, se preparan á bien morir, pro- curando perfeccionarse de dia en dia en los ejercicios de la vida ascética.

¿ Quien creeria que esta práctica mo- nástica fuese mirada por los profanos *Abejeros*, como el modelo de la con- ducta que los Sres. Diputados y Regente- tes deben guardar, si no han de servir

mas que para solemnizar el entierro de nuestra desventurada patria?

Pues sin embargo es así; por que el espíritu y buenos efectos de aquella salutación manifiestan quan útil sería, que en sus respectivos destinos adoptasen estos una fórmula análoga á sus deberes, que les recordase continuamente para lo que habian sido nombrados; y esta especie de mutua reconvencion les sirviese de estímulo para obrar adecuadamente al fin de sus instituciones.

Quando los hombres mas austeros y recogidos necesitan de que aun por el oido les entre continuamente una idea, con que sus ojos tropiezan á cada paso, ¿no sería conveniente que personas rodeadas de mil y mil intereses y distracciones, y cuya atencion está (digámoslo así) asaltada por enxambres de cuidados y obligaciones de innumerables especies; cuidasen de fixarla, por un oportuno recuerdo recíproco, en aquellas mas esenciales y perentorias, que una vez satisfechas, darán margen y tiempo para las demas; pero qué, si quedan sin llenarse cumplidamente, ¿dejarán al ayre y aun imposibilitarán el desempeño de todas las otras?

Muchas veces (pero las mas casi en vano) se ha clamado contra las vagas, desordenadas, é inconsiguientes dis-

usiones de nuestro respetable Congreso; cuyas laudables tareas habrían, con mucho ménos fatiga de sus individuos, producido infinitamente mas bienes, si desde el principio, ó á lo ménos al cabo de algunos meses, se hubieran las Córtes propuesto un plan bien meditado á la série de sus trabajos, dando la correspondiente preferencia á los objetos primarios y de mas perentoria necesidad.

Semejantemente si nuestros Gobiernos supremos no hubieran perdido tanto tiempo en frioleras y pequeñeces; ántes bien hubiesen consagrado sus desvelos, no al enfadoso afan de repartir empleillos, cenceder gracias menudas, y ocuparse de frívolos chismes y delaciones despreciabilísimas; sino á las grandes combinaciones de la política, de la economía y de la guerra; á discurrir, proponer, dilucidar, y (una vez sancionados) exígir, y aplicar sóbria, activa y enérgicamente los recursos mas efectivos de que aun es capaz la nacion; á estrechar sincera, pero sabiamente las relaciones y justa correspondencia de los aliados, facilitando por su parte el éxito de sus empresas en beneficio comun, y casi necesitandolos á cooperar en la mayor escala y con la mayor eficacia posible: si en vez de multiplicar atenciones, necesidades y desastres, dando lugar, ó no atinando á impedir que genios revoltosos cegaran la fuente de

nuestras riquezas, y destruyeran el último asilo que en todo evento debia asegurarse á los españoles patriótas; se hubiesen desde luego adoptado, y aun ahora misimo se adoptasen por fin ó bien las medidas sublimes de la política, ó bien los medios vigorosos de la fuerza armada, en número y calidad competente; pero nunca, nunca los términos medios y ridiculamente nulos, que ni intimidan ni captan los corazones; entónçes, ah! entónçes no lloraríamos amargamente la sangre, los sacrificios, la desolacion de nuestra idolatrada patria, que puede decirse; tan inutil como profusamente han sido derramados y padecidos, porque no ha correspondido á la heroicidad del pueblo español la imperfecta direccion de sus varios Gobiernos.

No habrá sido por falta de patriotismo en los principales funcionarios públicos; pueden haber concurrido varias causas á frustrar sus buenos deseos. Pero sean las que fueren, entre ellas contaremos siempre nosotros esa fatal distraccion hácia tantas pequenezes y vaciedades, que tanto contribuyen á debilitar la atención, y robar el preciosísimo tiempo, que debiera consagrar el alto Gobierno exclusivamente al grande, al único negocio, el de *salvar la patria*.

¡Oxalá que en vez de las insignificantes, y tal vez afrancesadas saluciones que se acostumbra, nunca se viesen, ni hablasen los primeros agentes de la nacion Española, sin decirse mutuamente y de corazon: *Porro; unum est necessarium*: no hay mas necesidad que la de salvar la patria!

*Cádiz. Imprenta Patriótica. 1812.*